«Don Roldán llegó a la torre oscura»
(Véase la canción de Edgar en *El rey Lear*)

Robert Browning

I

Pensé primero que mentía impunemente,
ese tullido viejo de mirada maliciosa,
muy de soslayo para ver qué efecto tuvo su mentira
en mi mirada, apenas reprimiendo con la boca
una mueca de júbilo, fruncida y arrugada
la comisura ante una nueva víctima en su haber.

II

¿A qué si no salió ese día con su báculo
para abordar con sus mentiras y sus trampas
a todo caminante que le hallara allí apostado
y no supiera dónde iba? Imaginé qué risa hueca
provocaría, y qué muleta escribiría mi epitafio
para pasar el tiempo bajo el polvo del camino,

III

Si, como me indicó, me desviaba
por la ominosa senda que, todos lo saben,
lleva en secreto hasta la Torre Oscura. Pero yo, sumiso,
giré donde él me señalaba: ni el orgullo
ni la esperanza renacida del final que se divisa,
sólo el contento de que hubiera algún final.

IV

Toda mi errancia por el ancho mundo,
toda mi búsqueda a lo largo de los años, mi esperanza

sumida en un espectro apenas a la altura
de ese gozo sin fin que me reportaría el éxito,
ya no podían reprimir el salto
que dio mi corazón, al ver en su ámbito el fracaso.

V

Como cuando un enfermo a punto de morir
parece muerto ya, siente que afloran y se enjugan
las lágrimas y acepta cada adiós de sus amigos,
y escucha cómo el uno al otro le anima a salir, a respirar
con más holgura fuera, («ya que todo ha terminado», dice,
«y consumado el golpe no habrá llanto que lo enmiende»;)

VI

Mientras discuten si junto a las otras tumbas
habría espacio para ésta, y cuál sería el día
más apropiado para que trasladen el cadáver,
sin olvidar los estandartes, los paños y los travesaños:
y todo lo oye el moribundo, y sólo anhela
no defraudar tanta ternura y seguir vivo.

VII

Y había yo sufrido tanto en esta búsqueda,
oído tantas veces cómo me profetizaban el fracaso, y cómo
se me incluía siempre entre los de ese «Bando», a saber,
los caballeros que a la busca de la Torre Oscura dirigían
sus pasos, que un fracaso igual al suyo parecía idóneo,
siendo toda mi duda ahora si estaría a la altura.

VIII

Así que, con la calma del que desespera, me alejé de él,
de aquel tullido odioso, de su puesto en el camino

hacia el sendero que indicaba. Todo el día
le fue el azar sombrío, y ya la oscuridad
se iba asentando hasta su fin, cuando lanzó un fulgor
de lúgubre
malicia al ver los llanos recobrar su res descarriada.

IX

Porque, tan pronto como fui con candidez recuperado
para la promisión de la llanura, apenas di unos pasos
y me paré a mirar por vez postrera a mis espaldas
la línea a salvo del camino, desapareció; llanura gris
me rodeaba:
nada sino llanura hasta el confín del horizonte.
Quedaba proseguir; pues nada más podía hacer.

X

Así que proseguí. No creo haber visto jamás
naturaleza tan innoble y tan diezmada; nada allí crecía:
¡era más fácil encontrar, en vez de flores, un bosque de
cedros!
Tan sólo abrojos, lechetreznas, conforme a su principio,
podían propagar su especie, ajenas a toda veneración
imaginable; un cardo habría sido allí un tesoro.

XI

¡No! Una mueca de penuria y de parálisis,
de alguna forma extraña, eran el sino de la tierra. «Ve
o tápate los ojos», me decía con fastidio la naturaleza,
«Aquí no cunde nada, y nada puedo hacer:
Es el fuego del Jucio Final la sola cura de este sitio,
la calcinación del barro y la liberación de mis esclavos».

XII

Si allí pujaba el tallo ajado de un yerbajo
sobre sus semejantes, le cortaban la cabeza; los cenizos
crecían con envidia. Y ¿qué llenó de roces y agujeros
las hojas negras, ásperas de la acedera, magulladas
como obstáculo
de todo anhelo de verdura? Es una bestia lo que pasa
y expulsa toda vida de ellas, la amenaza de una bestia.

XIII

Y lo que era la hierba, allí crecía rala como el pelo
de los leprosos; briznas secas y delgadas perforando el
fango
que bajo ellas parecía haber sido amasado en sangre.
Un caballo agarrotado y ciego, sus huesos a la vista,
quién sabe cómo, había llegado allí y permanecía atónito:
¡abandonado tras cumplir servicio en la parada del diablo!

XIV

¿Con vida? Muerto podía estar por lo que a mí se alcanza,
el cuello tenso del esfuerzo, enrojecido, en carne viva,
y los ojos cerrados bajo la melena astrosa;
nunca tan de la mano fueron lo grotesco y lo afligido;
ni había visto nunca bestia a la que odiara tanto;
debió de haber sido muy vil si mereció tanto dolor.

XV

Cerré los ojos y volví la vista al corazón.
Como un hombre que pide vino antes de luchar,
pedí yo un cáliz de pasadas y felices perspectivas,
antes de que aspirara a acometer cumplidamente mi
misión.

Pensar primero y golpear después, el arte del soldado:
un sorbo de los viejos tiempos pone en orden toda afrenta.

XVI

¡No aquella! Imaginé la cara enrojecida de Cuthbert
bajo sus ropas de encrespado oro,
mi caro amigo, hasta que casi le sentía flexionar
su brazo con el mío para así inmovilizarme
como él solía. ¡Ah, la vergüenza de una noche!
Perdió su renovado fuego el corazón, quedó aterido.

XVII

Y Giles después, el alma del honor, parado allí,
tan franco como cuando fue nombrado caballero hace
diez años.
Lo que un hombre sincero era capaz de hacer dijo que
haría.
¡Qué buen –pero la escena cambia– surco! ¿Y qué ahor-
cado alcanza
prendido en su solapa un pergamino? Sólo sus grilletes
lo leen. ¡Pobre traidor, a quien se escupe y se maldice!

XVIII

Mejor este presente que un pasado como aquel;
¡de vuelta, pues, a mi sendero entre crecientes sombras!
No suena nada, nada puede verse en lo que abarca la mirada.
¿No va la noche a prodigarme un búho o un murciélago?
Me preguntaba, cuando en la llanura lúgubre, algo
vino a parar mis pensamientos y mudar su curso.

XIX

Un arroyuelo de repente se cruzaba en mi camino
sin avisar, como aparecen las serpientes.

Y no era una corriente perezosa igual que las tinieblas;
esta, conforme entre las piedras transcurría, habría sido
un baño
para la pata reluciente del demonio, para ver la cólera
de sus negruzcos remolinos salpicada de copos de espuma.

XX

¡Tanta insignificancia y tanto encono! Flanqueado
de alisos diminutos inclinándose a su paso
y sauces que en sus brazos se arrojaban con un frenesí,
entre el fango,
de muda desesperación, un bosque de suicidas:
el río que les hizo todo el daño,
cualquiera que este fuera, entre sus troncos, impertérrito,
rodaba.

XXI

Mientras lo vadeaba, ¡oh, santos, con qué pánico
temí plantar mi pie sobre la cara de algún muerto,
a cada paso, o que la lanza con la que sondaba la corriente
se enmarañase entre su pelo o entre su barba!
Puede que fuera rata de agua lo que atravesé,
pero sonó como el chillido de algún niño.

XXII

Tuve contento de alcanzar la otra ribera.
Y hacia mejores tierras iba. ¡Qué vanos presagios!
¿Quiénes fueron los que se batieron, qué guerra libraban,
quién convirtió a su paso en la ferocidad del atropello el
húmedo
terreno en pantanal? Sapos en una charca envenenada,
gatos monteses dentro de una jaula de metal candente...

XXIII

Eso parecería el combate sobre aquella arena atroz.
¿Qué fuerza les llevó a encerrarse allí, con toda la llanura
para ellos?
Ninguna huella que llevara a aquel corral horrendo,
ninguna que saliera de él. Brebaje enfebrecido el que dio
cuerda,
sin duda, a sus cerebros, como los galeotes cuando el Turco
para pasar el tiempo los enfrenta, judíos contra cristianos.

XXIV

Y más aún, a pocos metros, ¡qué era aquello allí!
¿Qué pérfida función tenía aquel motor, aquella rueda,
o rueca más que rueda, aquel carrete que desenrrollaba
los cuerpos de los hombres cual si fueran seda? Y la
apariencia
de ser el torno de los sacrificios, sobre tierra a su merced,
o allí traída para que afilasen el acero de los dientes ya
oxidados.

XXV

Luego, un pedazo de terreno ya sin árboles que fuera
bosque,
después pantano, parecía, y simple tierra ahora
desesperada y desahuciada; (¡así se alegra un necio,
construye cualquier cosa y la destroza, hasta que cambia
de humor y se retira!) de unos quinientos metros...
un tremedal de arena y barro, escombros, y una total negra
carencia.

XXVI

Aquí manchas que herían la vista, de color brillante y
lúgubre,

allí partes donde la condición enjuta del terreno
cuajaba en musgo o en sustancias purulentas;
después, un roble paralítico, en su tronco una hendidura
como distorsionada boca que se raja por los bordes
abierta ante la muerte, y muere en el momento de cerrarse.

XXVII

¡Y *siempre exactamente igual de lejos del final!*
¡Y nada alrededor salvo el crepúsculo, nada
hacia donde poder encaminar mis pasos! Todo augurio
de un gran pájaro negro, amigo íntimo de Apolion,
que planeó con ala inmóvil y extendida de dragón
rozando mi montera, acaso el guía que tanto buscaba.

XXVIII

Ya que al alzar los ojos, como pude fui consciente,
pese a la oscuridad, de que a los llanos reemplazaban
en torno las montañas, si ese nombre puede darse
a la fealdad de simples moles cuyas cotas se ocultaban a la vista.
Y cómo, entonces, me pudieron sorprender, ¡quién lo sabe!
Pues cómo hurtarse a ellas no fue en mi propósito más claro.

XXIX

Pero sí pude, sin embargo, presentir algún designio
del daño que sufrí, Dios sabe cuándo,
quizá en un sueño aciago. Aquí termina, pues,
lo que progresa aquí. Cuando en el límite
de mi capacidad, una vez más, sonó un chasquido
como el de un cepo que se cierra, ¡y ya estás dentro del cubil!

XXX

Y me embargó sin tregua la abrasión de la consciencia:
¡Este era el sitio!, esas colinas a mi diestra, hundidas
como dos toros que se enganchan con sus cuernos cuando
luchan;
y más hacia la izquierda, una montaña alta y pelada...
¡Oh, asno
senil que te adormeces en este momento álgido,
tras una vida ejercitado en su contemplación!

XXXI

¿Qué más podía haber allí sino la torre misma?
La torre circular y achaparrada, ciega como el alma del
incrédulo,
hecha de piedra oscura y sin rival en todo el ancho mundo.
Así es como el espíritu burlón del temporal
le indica al capitán del barco el arrecife que no ve
y en el que encalla, sólo cuando chasca la madera.

XXXII

¿No ver? ¿Quizás por culpa de la noche? ¡No, de día
pudiera ser de nuevo a tal propósito! Antes, dejando
prendido ya el ocaso moribundo en un cortado:
los montes, cual gigante en cacería se dispone,
mentón sobre la mano, a ver la pieza acorralada:
«¡Estoca ya y remata al animal, hasta la empuñadura!».

XXXIII

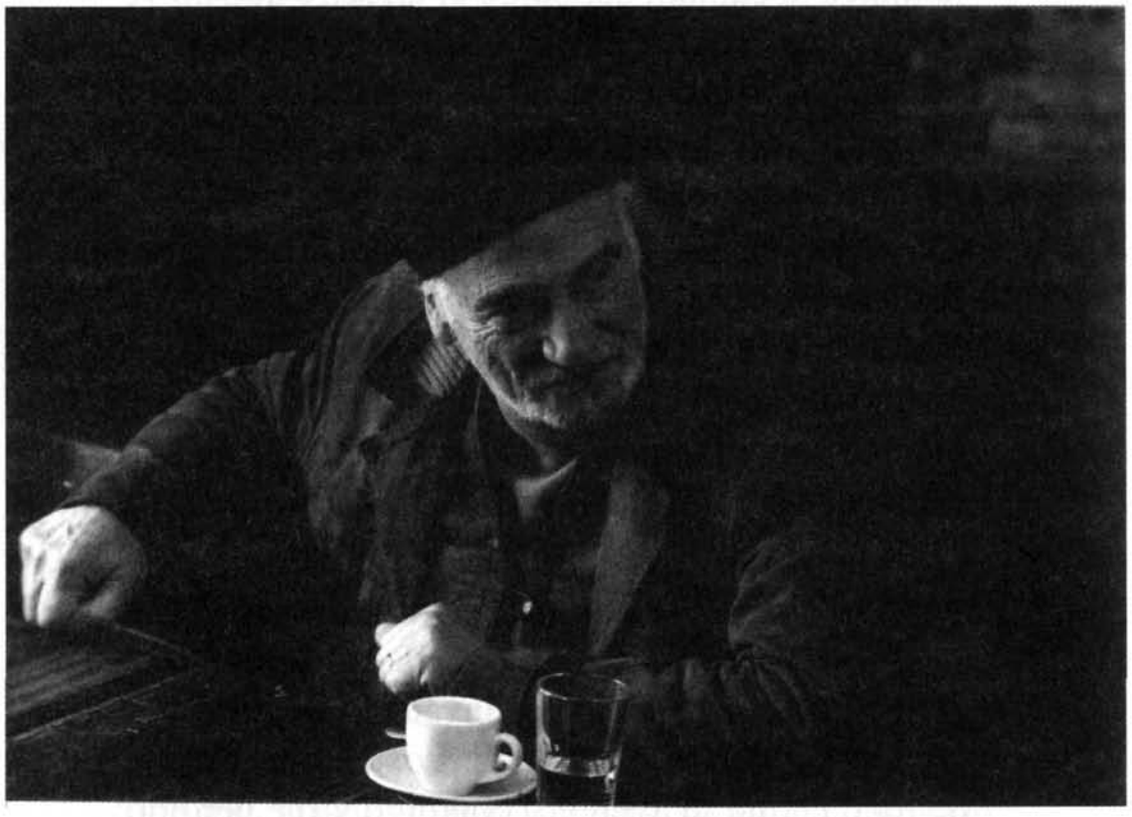
¿No oír? ¡Cuando el fragor invade todo y dobla
creciente como una campana! Los nombres en mi oído
de todo el que se aventuró conmigo y fue perdido:
¡Cómo era fuerte el uno, y cómo el otro era valiente,

y el otro afortunado, y todos hace largo tiempo ya perdidos,
perdidos! Tañía aquel instante la aflicción de tantos años.

XXXIV

Todos allí, extendiéndose por la ladera, unidos
en la contemplación de lo último de mí, ¡qué marco vivo
para otro cuadro más! En un bosque de llamas
los vi y supe todos sus nombres. Y aun así
sin miedo me llevé a la boca el olifante,
y soplé. «*Don Roldán llegó a la Torre Oscura*».

Traducción y notas de Carlos Jiménez Arribas



Marcelo Piñeyro: *Kamchatka* (2002)